

2.2 De los felices veinte a la crisis de los treinta

El retorno a la normalidad tras la finalización de la guerra no fue fácil. El año 1919 fue económicamente peor que los anteriores, excepto 1914.

La reconversión de las economías de guerra a las nuevas necesidades de la paz era una tarea muy compleja. Además, había millones de refugiados.

Los cambios de fronteras en la Europa central y oriental afectaron, literalmente, a medio continente. Nuevas administraciones estatales tuvieron que organizarse de la noche a la mañana. La desorganización y la mezcla de sobreproducciones y de escaseces que no coincidían explican la parálisis económica de 1919. Se necesitaron un par de años más para que la maquinaria económica se normalizara en los países que habían ganado la guerra. En los que la habían perdido, o en los herederos de los antiguos perdedores, la recuperación fue más lenta.

En cualquier caso, el año 1922 fue el primero de los años de prosperidad que permitieron después que la década se caracterizara como «los felices veinte». Un vigoroso crecimiento del 8,5 por 100 en el conjunto de la Europa occidental permitió dar por concluida la reconstrucción pos bélica. Es verdad que esto no fue así en Alemania ni en algunos otros países que habían resultado devastados por la guerra. Alemania exigió un tratamiento especial. Inicialmente fue duramente castigada en el tratado de Versalles. Ante su incapacidad para pagar las reparaciones que se le habían fijado, Francia, que contaba con ellas para su propia reconstrucción, decidió, conjuntamente con Bélgica, ocupar las ricas cuencas mineras del oeste alemán y cobrar en especie las deudas alemanas. El nuevo Estado republicano alemán se defendió de la invasión negándose a trabajar para las potencias ocupantes. Financió los salarios de los trabajadores en huelga emitiendo más dinero. Ahí se puso en marcha una espiral inflacionista que supuso que en pocos meses del año 1923 los precios se multiplicaran por factores inverosímiles. El dinero dejó de servir para los intercambios. Alemania pasó a una economía de trueque. El fracaso económico fue espectacular, aunque se enriquecieron en esas circunstancias todos los que pudieron vender mercancías o servicios. En cambio, los titulares de rentas fijadas nominalmente, como los rentistas, los pensionistas o los asalariados de todo tipo, se arruinaron por completo. Alemania sólo superó el caos de la hiperinflación con la ayuda americana. El gobierno obtuvo finalmente un macrocrédito norteamericano que le permitió crear una nueva base monetaria, una nueva moneda, y volver a poner en funcionamiento normal la actividad productiva. A cambio, Estados Unidos garantizaba el pago de las reparaciones de guerra, que se habían reordenado temporalmente para que fueran digeribles por la economía alemana.

El grueso de la Europa occidental vivió mejor estos años. De 1921 a 1925 el PIB había crecido un 23 por 100.

Después del traspás de 1926, los siguientes tres años volvieron a ser de notable crecimiento. De hecho, éstos fueron «los felices años veinte», cuando el fantasma de la guerra se había alejado y parecía que se volvía a los buenos viejos tiempos. En toda Europa se apreciaba la prosperidad. Las economías más afectadas por la guerra, como la alemana y la austriaca estaban funcionando con buen ritmo.

Pero, en medio de tanta vuelta a la normalidad, subsistían algunos desequilibrios muy importantes en la economía mundial.

Resaltaremos dos:

- la reestructuración productiva de la economía internacional y
- el aislacionismo americano.

1º Comenzaremos por las consecuencias de la reestructuración productiva. Nos referimos a que la guerra había animado al aumento de la capacidad productiva en todo el mundo extraeuropeo (extrabeligero, para ser más exactos). Europa, sacudida por la guerra, había movilizado millones de campesinos y obreros para el esfuerzo militar, había movilizado también material de transporte (de sangre y mecánico) y reconvertido fábricas de sus usos pacíficos a nuevos usos militares. Además, la guerra devastó grandes territorios, antes fértiles. Fuera de Europa, todos estos fenómenos inducían a invertir en la ampliación de las superficies cultivadas, en criar más ganado, en producir las manufacturas tradicionales de la industria europea (textiles, maquinaria, material de transporte, química, etc.), y, en general, en substituir los mercados que antes se abastecían por importación desde Europa. Una vez acabada la guerra, la capacidad productiva europea volvió a la normalidad, tanto en la agricultura como en la industria. Como la capacidad productiva extraeuropea había crecido mucho, apareció un problema de sobreproducción. Se convir-

tió en crónico. Donde más daño hizo fue entre los productores agrarios dedicados a la exportación. Los agricultores que, en todo el mundo, exportaban a Europa y competían allí con las propias producciones agrarias de los europeos, sufrieron mucho el retorno a la normalidad. Los productos industriales aguantaron mejor aumentando la protección arancelaria. En este caso fueron las industrias europeas las que sufrieron más. Todos estos fenómenos provocaron una tendencia que se ha bautizado como de «deflación estructural», para diferenciarla de la deflación estrictamente monetaria. La deflación estructural reflejaría el exceso de oferta de bienes en los mercados, y condicionaría las oportunidades de negocio –más escasas– a lo largo de la década de los años veinte. Para algunos esta dificultad de reorganización productiva es uno de los elementos explicativos más convincente de la dureza de la crisis de 1929. La demanda mundial se fue desacelerando ante la incapacidad de la oferta de sostener los precios. Las caídas de precios no tuvieron efectos benéficos pues no derivaban del progreso técnico (nuevos productos o nuevos procedimientos) sino de la realización continua de ventas a precios de saldo.

2º el segundo gran desequilibrio era el fuerte aislacionismo norteamericano, que entorpecía continuamente el crecimiento del resto del mundo. El aislacionismo se había manifestado de diversas formas:

- La primera y más simple era el desinterés norteamericano por los tratados de paz y por el nuevo orden mundial. La manifestación más contundente de este desinterés fue la negativa del Congreso de Estados Unidos a autorizar el ingreso a la Sociedad de Naciones.
- Un segundo aviso muy preocupante fue el cerrojazo a la inmigración. Ya en 1919, y tras diversos años sin apenas inmigración, Estados Unidos decidió que ya no quería una inmigración prácticamente libre e ilimitada como la de antes de la guerra. Se habían acostumbrado a unos salarios cada vez más altos y la competencia de los pobres inmigrantes era vista con enorme suspicacia por las cada vez más prósperas clases asalariadas estadounidenses.
- El tercer elemento del aislacionismo americano fue comercial. En 1913 Estados Unidos había votado el primer arancel moderadamente librecambista de toda su larga historia proteccionista. Con el retorno a la normalidad se impuso un nuevo arancel. Una reforma del arancel que se endurecía cada vez más en el sentido proteccionista. En 1929 lo aprobó la comisión de estudio, produciendo una oleada de estupefacción en todo el mundo: el principal mercado del mundo apostaba por cerrar sus fronteras. Pocas esperanzas podían tener otros países de sostener su crecimiento sobre las exportaciones al mercado estadounidense. El Congreso ratificaría la aprobación de la propuesta en 1930, y el nuevo arancel proteccionista entraría en vigor en 1931.

En este ambiente (el norteamericano) cada vez más cerrado se vivía una gran prosperidad. Buena parte de ella derivaba de las enormes ganancias que la neutralidad había proporcionado. Precios inmejorables para los productos agrarios, para los mineros y para los industriales. El bienestar se había difundido por doquier. El mercado estadounidense era el más opulento del mundo y ahí se difundían las nuevas modas y los nuevos objetos. El *American way of life* cuaja en esos años y se difunde a través de nuevos medios de comunicación social, el más brillante y atractivo de los cuales es el cine. En un ambiente de seguridad y prosperidad en el que todos los negocios funcionaban, se fue popularizando la inversión en bolsa. De hecho, el mercado bursátil entró en una fase muy alcista a lo largo de 1928 y 1929, atrayendo cada vez más fondos. Se popularizó también la compra de acciones a crédito. Todo reposaba en la confianza de que la economía no cesaría de crecer, como así había sido en los últimos años. Sin embargo, no todo funcionaba tan bien. La creciente disparidad entre Estados Unidos y el resto del mundo reducía el tamaño de muchos mercados. El mismo mercado interno estaba cada vez más saturado y comenzaban a aparecer indicios de que el ritmo de crecimiento de las ventas se desaceleraba. Los datos de beneficios que se conocieron en el segundo semestre de 1929, particularmente después del verano, sugerían un enfriamiento económico. La sucesión de estas informaciones provocó un cambio en las expectativas y desencadenó una corriente vendedora en la bolsa neoyorquina –la mayor del mundo después de la gran guerra–.

A finales de octubre, en un par de sesiones –el viernes y el martes negros–, las cotizaciones se derribaron. Todo el mundo quiso vender y nadie parecía dispuesto a comprar. Esto no hubiera sido más que un susto, si no fuera que el cambio de expectativas se mantuvo y se intensificó sin que nadie lograra variado. El mecanismo que emponzoñó la situación fue básicamente, crediticio. Muchos inversores habían comprado acciones a crédito, y su insolvencia arrastró a quienes les habían prestado, que eran, fundamentalmente, bancos. Éstos se apresuraron a reclamar los créditos que habían concedido a todo tipo de clientes, incluidos aquellos que no hubieran reclamado en condiciones de normalidad. La espiral de contracción del crédito se puso en marcha, y en todas direcciones. Internamente fulminó la liquidez de empresas solventes, que tuvieron que suspender pagos pese a estar en posiciones financieras saludables. Unas empresas se vieron obligadas a cerrar sus puertas y dejaron a los trabajadores sin empleo. Además, los bancos reclamaron los créditos que habían concedido a otros bancos europeos, o a empresas y

administraciones europeas. Esto había sido frecuente con los países del área germánica y austriaca, que bajo el Plan Dawes habían tenido acceso fácil al crédito norteamericano. Por el lado de las consecuencias internas, en Estados Unidos, es sorprendente que la Reserva Federal no hiciera nada. Su opinión fue que se trataba de una crisis más, que caían las empresas marginales y sobrevaloradas y los bancos que se habían arriesgado demasiado, por lo que no había que intervenir. Su neutralidad no hizo más que intensificar la crisis pues la espiral de destrucción de crédito era muy fuerte. La Reserva Federal fue muy criticada, pero los técnicos y los políticos, comenzando por el presidente Hoover, la defendieron, como habían defendido la vigencia del patrón oro. Las voces críticas fueron ganando fuerza con el paso del tiempo y cuajaron en la candidatura presidencial de Roosevelt, en 1932. Retrospectivamente, las críticas apuntaban a la Reserva Federal tenía que haberse concentrado en garantizar la estabilidad de los precios, lo que implicaba luchar contra la deflación, al igual que contra la inflación. O sea, tenía que haber inyectado dinero en el sistema. Mientras tanto, el paro no cesaba de crecer.

Lo que sucedía en Estados Unidos estaba teniendo enormes consecuencias en Europa. El cambio de expectativas fue instantáneo. La contracción crediticia se hizo sentir fuertemente en Europa, y provocó sus primeras víctimas importantes en la primavera de 1931, cuando declararon suspensión de pagos el Credit Anstalt de Viena y después el Darmstadter berlinés. Muchos más bancos de la Europa centro-oriental quedaron mortalmente afectados. También numerosos bancos occidentales, aunque en proporciones menores. La banca mixta italiana se hundió en la crisis, pero el ambiente de censura de la época permitió que todo acaeciera con enorme discreción, a diferencia de lo que había sucedido en Austria.

Mientras que la crisis bursátil se convertía en crisis bancaria y financiera por todo el mundo, y especialmente en Europa, otro mecanismo destructivo se había puesto en marcha. El arancel proteccionista americano había provocado la reacción de numerosos países, que habían represaliado con aranceles más duros frente a los productos americanos. La tendencia a la guerra comercial se vio reforzada por la caída de la actividad económica. Ambas militaban en la misma dirección, a saber, la caída del comercio internacional. El oscurecimiento de las perspectivas económicas facilitaba los discursos y las políticas favorables al endurecimiento comercial: había que reservar el mercado interno, aún más si era menguante, para los productores nacionales. Por este camino la crisis se mundializó por completo; dicho en términos actuales, se globalizó. Todos los países quedaron atrapados en las redes de la contracción del comercio mundial. Durante cuatro años seguidos, mes tras mes, el comercio internacional se redujo, como una espiral contractiva.

Para escapar de esta telaraña destructiva en un ambiente que se cerraba, no había más remedio que devaluar, pero para devaluar había que cortar la vinculación con el patrón oro. La simple idea de abandonar la institución que mejor simbolizaba la estabilidad, la normalidad y el bienestar de preguerra, y que tanto había costado reintroducir, producía desasosiego e irritación entre técnicos y políticos, quienes se resistieron a ello por todos los medios. Pero, para sorpresa general, el más conservador de todos los países en materia monetaria —el Reino Unido— fue el primero en abandonar. El mes de septiembre de 1931 el Reino Unido anunció su salida del patrón oro. Lo acompañaron todos los países del área de la Commonwealth y los pequeños países europeos que más dependían del mercado británico. Si volver al patrón oro había sido difícil, más lo fue salir de él. Francia se resistió enormemente (hasta 1936). Estados Unidos, hasta el invierno de 1933. Alemania no lo abandonó *de iure*, pero sí *de acto* desde 1933. En general, se comportaron mejor los países que salieron pronto del patrón oro que aquellos que insistieron, en vincularse a él. Los primeros pudieron devaluar y recuperar capacidad competitiva; los segundos, la perdieron.

En general, la crisis duró entre 3 y 4 años, de 1929 a 1932 o 1933, según los casos.

La caída del PIB europeo occidental fue de 10 puntos porcentuales, en algunos casos mucho más intensa. Los países perdedores en la guerra y sus herederos sufrieron más, pues los dos grandes mecanismos de difusión de la crisis —el crédito y el comercio— les afectaron especialmente. Los países más afectados por la crisis fueron Alemania, Austria, Polonia y Checoslovaquia. Ni siquiera Alemania sufrió una crisis tan intensa y larga como la estadounidense, pero sí fue la más fulminante, la que tocó mínimos antes y la que antes consiguió superar los niveles de 1929. Polonia tardó 1 año más y Austria 3. Otros países europeos como Francia, Bélgica, Holanda y Suiza, aún cuando menos vinculados al pasado imperial de Alemania, compartieron parte de su desgracia con crisis que significaron caídas del PIB de entre el 8 y el 15 por 100. Por extensión, y vía Austria, también fue el caso de Hungría y Yugoslavia. Francia, sin embargo, es un caso aparte. Su caída no fue muy profunda, pero su recuperación fue muy tardía y breve. El

nivel de 1929 recién recuperado en 1939 no resistió la embestida de la ocupación alemana.

Entre los países que sufrieron la crisis, pero con poca severidad, hay que mencionar en primer lugar a Gran Bretaña. A diferencia de lo que había sucedido con la entrada en el patrón oro, largamente meditada y finalmente mal articulada, Gran Bretaña capeó esta vez muy bien la crisis, pero a cambio de olvidar por completo sus dogmas económicos. Junto a Gran Bretaña encontramos un conjunto de países que sufrieron la crisis bien sea con levedad (los escandinavos y Dinamarca, que ni siquiera sufrió caída del PIB), bien sea con brevedad (España e Italia). Finalmente, y como es bien sabido, la URSS, totalmente involucrada en su experimento de industrialización forzada, tampoco la sufrió.

Las formas de salida de la crisis fueron diversas.

Los países pequeños lograron ajustarse a los nuevos patrones de competitividad y encontraron nichos de mercado importantes. Algunas de las grandes multinacionales vinculadas a estos países (Suiza, Holanda, Dinamarca, Suecia y, de no mediar la intervención alemana, también Checoslovaquia), consiguieron penetrar con éxito en el mercado mundial y consolidar su posición en esos años.

Los países grandes lo tuvieron más difícil. En todos los casos la solución tuvo algunos elementos comunes: un cierto cierre comercial y una mayor intervención pública. Los casos más extremos fueron los de Alemania y Estados Unidos que, casi simultáneamente, entraron en la senda del intervencionismo público.

Roosevelt, que había ganado las elecciones presidenciales de noviembre de 1932, introdujo, a lo largo del invierno de 1933, un conjunto de medidas orientadas a sostener la demanda interna mediante la acción pública. Fijó precios mínimos para los productos agrarios, facilitó la sindicación obrera y la presencia de los sindicatos en la negociación colectiva, puso en marcha grandes programas de obras públicas, incurrió en déficits públicos, etc., con el objetivo de reactivar la demanda interior de consumo y de inversión.

Hitler, unos meses después, desplegó medidas no muy distintas aunque en su caso teñidas de un tono político completamente opuesto. La fuerte inversión en obras públicas era un rasgo similar, pero Hitler, en cambio, destruyó los sindicatos y trató de liquidar toda oposición política. El rasgo básico de la política económica hitleriana fue el rearmamento. Invirtió sumas ingentes, que generaron fuertes déficits públicos, para rearmar el ejército alemán. Otro rasgo fue el autarquismo. Consciente de su voluntad de provocar una nueva guerra de revancha, Hitler primó la orientación autárquica en todas las decisiones de orden económico. Alentó sistemáticamente la producción de artículos sustitutivos de los que tenían que importarse y fomentó el cierre comercial. Curiosamente, mantuvo el patrón oro, pero pasó a intervenir sistemáticamente los intercambios exteriores, mediante soluciones como los permisos de importación, los acuerdos bilaterales y otros que tenían como objetivo limitar el comercio exterior y ahorrar el uso de oro.

Algunos de los nuevos elementos de política económica introducidos en Estados Unidos y en Alemania se repitieron en otros países. En Gran Bretaña se promocionaron las viviendas sociales mediante grandes programas de inversión pública. En Francia, en 1936, el gobierno de Frente Popular, inspirándose en las medidas de Roosevelt, mejoró drásticamente las remuneraciones obreras e introdujo las vacaciones pagadas y la jornada de 44 horas, a la vez que nacionalizaba los ferrocarriles. La orientación autárquica y la difusión del intervencionismo público en el mundo empresarial también fueron rasgos típicos de los gobiernos de Mussolini, en Italia.

Pago de las reparaciones alemanas (en miles de millones de marcos oro)

	Comisión para las reparaciones	Gobierno alemán
Hasta 1924	8,1	51,7
Plan Dawes	7,6	8,0
Plan Young	2,8	3,1
Otras partidas	4,5	5,0
Total	23,0	67,8

Y en Suecia, se puso en marcha el reformismo impulsado desde la socialdemocracia como medio de solucionar la crisis¹.

¹ Durante 45 años de gobierno socialdemócrata de 1932 a 1976, Suecia ha sido el espejo en el que se miraban los defensores del capitalismo social. Suecia era un país de clases medias en donde, gracias a una política fiscal progresiva, existía una

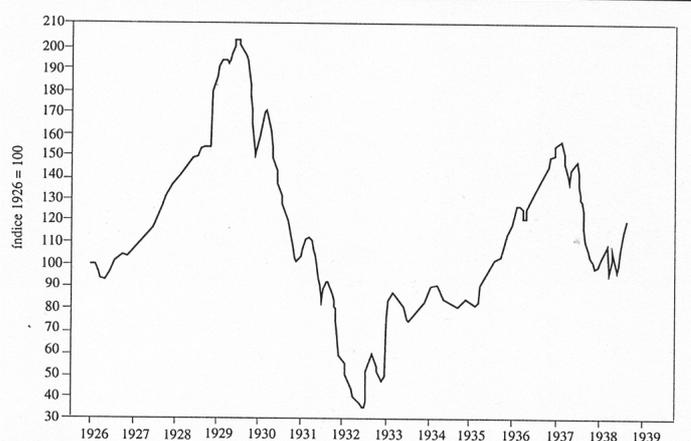
Indicadores económicos relativos a 1929 (1913 = 100)

	Francia	Alemania	Italia	Gran Bretaña	Estados Unidos
Renta per cápita	135	113	121	104	130
Producción industrial	142	120	158	128	193
Exportaciones	147	92	123	101	158

Estabilizaciones monetarias después de la guerra, 1922-1928

	Año de estabilización	Nueva paridad respecto a la de anteguerra (%)
Suecia	1922	100
Holanda	1924	100
Gran Bretaña	1925	100
Dinamarca	1926	100
Italia	1926	27,3
Francia	1926	20,3
Checoslovaquia	1923	14,6
Bélgica	1926	14,5
Yugoslavia	1915	8,9
Grecia	1927	6,7
Portugal	1929	4,1
Hungría	1924	0,0069
Austria	1922	0,00007
Polonia	1926	0,000026
Alemania	1923	0,000000001

Wall Street: de la fiebre al «crac» del 29
índice de las cotizaciones de la bolsa de Nueva York



Fuente: australianhistory.org

distribución de la renta con una marcada tendencia igualitaria. En los últimos veinte años el modelo ha sufrido los embates de la crisis y del proceso de reestructuración de la economía mundial, pero sigue manteniendo los rasgos fundamentales: la prioridad otorgada a las políticas de empleo y un elevado nivel, cuantitativo y cualitativo, de protección social.

En 1932, el partido socialista accedía por primera vez al gobierno. Era un partido obrero, cuya base electoral estaba en los sindicatos, y su primera preocupación fue hacer frente al creciente desempleo. Se trataba de unas medidas no muy diferentes a las del *New Deal* pero que fueron aplicadas con una mayor coherencia. Se defendía que era posible combatir el paro y alcanzar el pleno empleo utilizando el gasto público como motor de la inversión. Para los economistas suecos, lo importante era que el gobierno institucionalizase la relación con los agentes sociales (empresarios y trabajadores) con el fin de que la política económica pudiese adaptarse a las fluctuaciones cíclicas. Esto hizo que, a la larga, el modelo sueco fuera el más estable, y el más genuinamente keynesiano, ya que tenía elementos reguladores para frenar el gasto y la inflación en los momentos expansivos, y aumentarlos cuando se detenía el crecimiento.

El logro más importante del modelo sueco fue el establecimiento de un gran pacto social basado en la negociación entre el gobierno, los sindicatos y las organizaciones patronales con el fin de adecuar los diversos intereses a los programas económicos en curso. El compromiso de respetar los acuerdos fue decisivo para el éxito de las políticas programadas ya que la corresponsabilidad y la mutua confianza permitían equilibrar los efectos de las mismas.

La originalidad del modelo sueco radica en que es el ejemplo más acabado de economía mixta, en la que el mercado determina el juego de los agentes y el Estado corrige sus desequilibrios tanto económicos como sociales. El modelo de colaboración entre el Estado y los agentes sociales, fraguado durante la crisis, dio lugar a un modelo de sociedad cercana al ideal igualitario del socialismo y no por eso muy alejada de las metas de eficiencia del capitalismo.



Fuente: clioperu.blogspot.com y segundaguerramundial.mi-web.es

“Jugar a la bolsa se ha convertido en una enfermedad nacional. Esta enfermedad afecta a todas las clases sociales, desde los predicadores a los mozos de cuadra. Hace poco tiempo, en todas partes se hablaba de la prohibición (...) (de vender bebidas alcohólicas). (...) Ahora, cuando la gente se reúne, ya sean hombres de negocios o trabajadores, mujeres de la alta sociedad o jóvenes empleadas, la Bolsa, con sus impetuosos caprichos, constituye el tema de conversación más agradable.”

J. King, senador de Utah, (25 de octubre de 1929).

“Muy pronto, un negocio mucho más atractivo que el teatral atrajo mi atención y la de mi país. Era un asunto llamado mercado de valores (...). Si uno compraba 80.000 dólares de acciones, sólo tenía que pagar en efectivo 20.000, el resto se le dejaba a deber al agente (...). El mercado seguía subiendo y subiendo (...). Lo más sorprendente del mercado en 1929 era que nadie vendía una sola acción. La gente compraba sin cesar (...). El fontanero, el carnicero, el hombre del hielo, todos anhelando hacerse ricos arrojaban sus mezquinos salarios –y en muchos casos los ahorros de toda la vida– en Wall Street (...). Un buen día el mercado empezó a vacilar. Algunos de los clientes más nerviosos fueron presa del pánico y empezaron a vender (...); al principio las ventas se hacían ordenadamente, pero pronto el pánico echó a un lado el buen juicio y todos empezaron a lanzar al ruedo sus valores (...) y los agentes empezaron a vender acciones a cualquier precio (...). Luego, un día, Wall Street tiró la toalla y se derrumbó. Eso de la toalla es una frase adecuada porque para entonces todo el país estaba llorando.”

Marx, G. (1981) *Groucho y yo*. Madrid.

El New Deal (nuevo trato) programa de reformas económicas introducido por Roosevelt en los Estados Unidos en 1933 para hacer frente a la severa depresión de la época. El New Deal se propuso establecer un sistema de seguridad social federal para los millones de pobres y desempleados que existían en ese momento, así como revitalizar la agricultura y la industria, que se hallaban en medio de una profunda recesión. En la práctica este cambio de rumbo significó que el Estado adquirió un papel en la economía que no había tenido jamás en los Estados Unidos y la creación de lo que luego se pasó a denominar Estado de Bienestar. Los problemas creados por esta expansión del sector público se expresaron con claridad sólo muchos años más tarde. Fue en la década de los setenta que los presupuestos fiscales deficitarios crearon una fuerte inflación y que se percibió la incapacidad de muchos programas sociales para lograr los objetivos propuestos, en especial el de la eliminación de la pobreza. De allí surgió la llamada "revolución conservadora" de la década de los ochenta, bajo la administración del presidente Ronald Reagan, que impulsó un decisivo viraje hacia una economía de libre mercado.

Estados Unidos, 1929-1940

	1929	1931	1933	1937	1938	1940
Real Gross National Product (GNP) (1)	101.4	84.3	68.3	103.9	96.7	113.0
Consumer Price Index (2)	122.5	108.7	92.4	102.7	99.4	100.2
Index of Industrial Production (2)	109	75	69	112	89	126
Money Supply M2 (\$ billions)	46.6	42.7	32.2	45.7	49.3	55.2
Exports (\$ billions)	5.24	2.42	1.67	3.35	3.18	4.02
Unemployment (% of civilian work force)	3.1	16.1	25.2	13.8	16.5	13.9

(1) in 1929 dollars (2) 1935-39 = 100

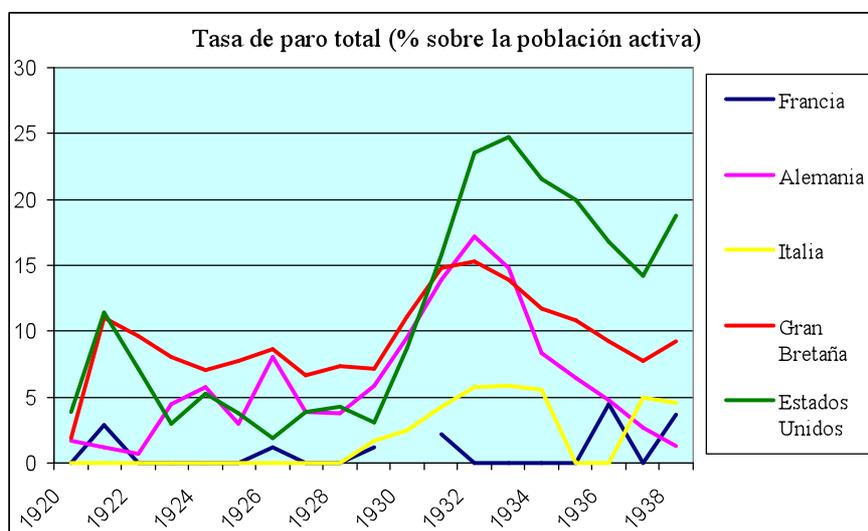
El impacto de la crisis en el PIB (1929 = 100)

	Año	PIB	Año de recuperación del nivel de 1929
Estados Unidos	1933	71,5	1939
Alemania	1932	76,5	1936
Austria	1933	77,5	1939
Polonia	1933	79,5	1937
Checoslovaquia	1935	81,8	1937
Francia	1932	85,3	1939
Yugoslavia	1932	88,1	1936
Holanda	1934	90,5	1937
Hungría	1932	90,6	1935
Suiza	1932	92,0	1937
Bélgica	1932	92,1	1936
España	1931	93,9	1935
Italia	1931	94,5	1935
Grecia	1931	93,5	1932
Reino Unido	1931	94,2	1934
Suecia	1932	95,7	1934
Finlandia	1932	96,0	1933
Noruega	1931	99,1	1932
Bulgaria	-	-	1930
Dinamarca	-	-	1930
Rumania	-	-	1930
URSS	-	-	1930

Fuente: MADDISON (1995)

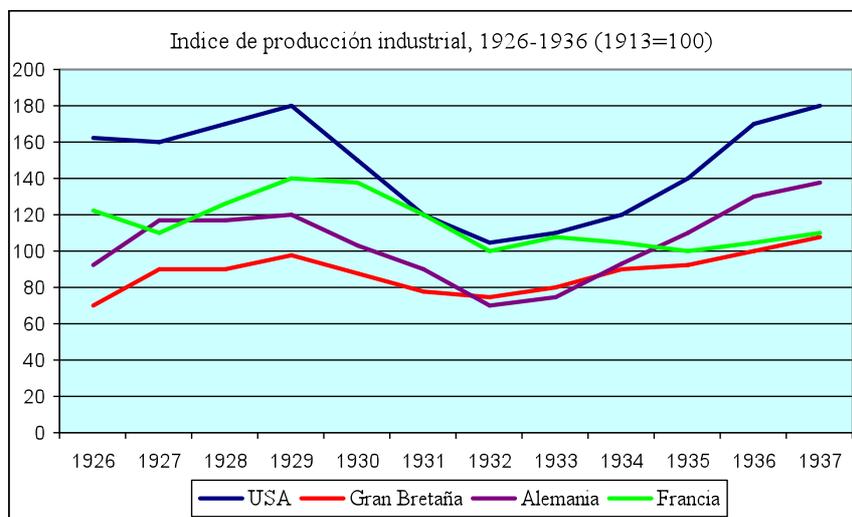
Tasa de paro total (incidencia del paro en el total de la fuerza de trabajo)

	Francia	Alemania	Italia	Gran Bretaña	Estados Unidos
1920	-	1,7	-	1,9	3,9
1921	2,9	1,2	-	11,0	11,4
1922	-	0,7	-	9,6	7,2
1923	-	4,5	-	8,0	3,0
1924	-	5,8	-	7,1	5,3
1925	-	3,0	-	7,7	3,8
1926	1,2	8,0	-	8,6	1,9
1927	-	3,9	-	6,7	3,9
1928	-	3,8	-	7,4	4,3
1929	1,2	5,9	1,7	7,2	3,1
1930	-	9,5	2,5	11,1	8,7
1931	2,2	13,9	4,3	14,8	15,8
1932	-	17,2	5,8	15,3	23,5
1933	-	14,8	5,9	13,9	24,7
1934	-	8,3	5,6	11,7	21,6
1935	-	6,5	-	10,8	20,0
1936	4,5	4,8	-	9,2	16,8
1937	-	2,7	5,0	7,7	14,2
1938	3,7	1,3	4,6	9,2	18,8



Tasa de desempleo en diversos países, 1927-1937

	1927	1928	1929	1930	1931	1932	1933	1934	1935	1936	1937
Bélgica	2,5	1,7	1,9	5,4	14,5	23,5	20,4	23,4	22,9	16,8	13,8
Alemania	8,8	8,4	13,1	15,3	23,3	30,1	26,3	14,9	11,6	8,3	4,6
Suecia	12,0	10,6	11,2	12,2	17,2	22,8	23,7	18,9	16,1	13,6	10,8
Gran Bretaña	10,6	11,2	11,0	14,6	21,5	22,4	21,3	17,7	16,4	14,3	11,3
Estados Unidos	-	-	3,2	8,9	15,2	23,6	24,9	21,7	20,1	17,5	14,3



Fuente: html.rincondelvago.com/crisis-de-1929-y-gran-...

La caída de la renta y de la producción industrial entre 1929 y 1932

	Producto Interior Bruto		Producción industrial	
	1929	1932	1929	1932
Austria	100	80	100	62
Francia	100	86	100	74
Alemania	100	77	100	61
Japón	100	101	100	-
Gran Bretaña	100	95	100	89
Italia	100	98	100	86
Holanda	100	93	100	84
España	100	97	100	84
Estados Unidos	100	73	100	62

Porcentaje de reducción de la exportación en los países agrarios, 1928/29-1932/33

	Porcentaje
Chile	Más del 80 por 100
China	Entre 75 al 80 por 100
Bolivia, Cuba, Malasia, Perú, El Salvador	Entre 70 al 75 por 100
Argentina, Canadá, Ceylán, Indias Holandesas, Estonia, Guatemala, India, Irlanda, Letonia, México, Tailandia.	Entre 65 al 70 por 100
Brasil, República Dominicana, Egipto, Grecia, Haití, Hungría, Holanda, Nicaragua, Nigeria, Polonia, Yugoslavia	Entre 60 al 65 por 100
Dinamarca, Ecuador, Honduras, Nueva Zelanda	Entre 55 al 60 por 100
Australia, Bulgaria, Colombia, Costa Rica, Finlandia, Panamá, Paraguay	Entre 50 al 55 por 100
Noruega, Persia, Portugal, Rumania	Entre 45 al 50 por 100
Litania, Filipinas, Turquía, Venezuela	Entre 30 al 45 por 100

Indices de producción industrial en Alemania, 1932-1937 (1928 = 100)

	Indice general	Bienes de inversión	Bienes de consumo
1932	59	35	78
1933	66	45	83
1934	83	75	85
1935	96	102	91
1936	107	117	98
1937	117	128	103
1938	125	140	107
1939	133	152	113

La expansión económica desde el mínimo de 1932 a 1939 constituye un período de 7 años de crecimiento ininterrumpido. El principal país europeo que no pudo gozar de ella fue España, inmersa en una destructiva guerra civil desde 1936 a 1939. Precisamente, sobre suelo español se pondrán a prueba las nuevas armas desarrolladas por el ejército alemán, que serán decisivas para el temprano éxito militar nazi en toda Europa.

Mientras la economía mundial sufría el único período de involución después de las guerras napoleónicas (los años de entreguerras son los únicos en los que el comercio internacional casi se estanca, a causa de la evolución extremadamente negativa de los años treinta), las vicisitudes de los principales países europeos presentan diferencias notables, también por causa del modo distinto de reaccionar frente a la crisis y a la diferente intensidad de la preparación bélica, que después llevaría a la segunda guerra mundial. El dramatismo de los acontecimientos que hicieron caer a Europa en un nuevo período de violencia, sólo superado gracias a la intervención determinante de Estados Unidos, merece un análisis detallado, para valorar cuáles fueron las fases cruciales que llevaron a Alemania a la dictadura hitleriana, a Italia a la alianza con Hitler, y a Frantree una recuperación casi «normal», que sin embargo se mostró insuficiente para que pudiese resistir el ataque alemán sin la determinante ayuda americana.

Keynes, en uno de sus ensayos, puso el título exacto a lo que estaba ocurriendo en el mundo económico: era *el fin del laissez-faire*, el fin de una teoría económica según la cual los mercados se ajustaban por sí mismos. Con la recesión se comprobó que esto no ocurría, o al menos, que no ocurría con la rapidez prevista por la teoría. Las grandes corporaciones no podían reducir su producción, ajustándola a la demanda, sin poner en peligro su existencia y la del propio sistema. Los mercados de trabajo no se ajustaban con la caída de los salarios sino que generaban enormes bolsas de parados y descontentos. Hacían falta mecanismos reguladores de carácter institucional, para pasar del capitalismo de libre competencia al *capitalismo organizado*.